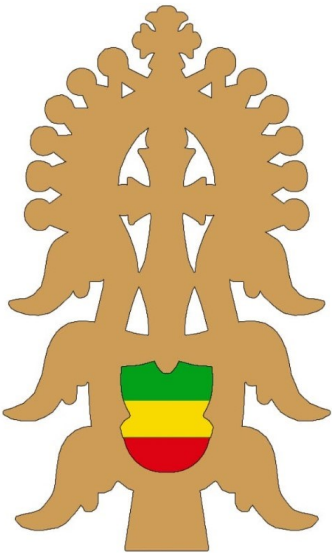




የኢትዮጵያ ኦርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሃይማኖትና ሥርዓት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

The Seventh Sunday of Zemene Tsom (*The Season of Lent*)

Liturgical Readings:

Romans 7:1 – 19; 1 John 4: 18- end; Acts 5: 34 -end

Psalms 16:3;

John 3:1—20

“Nicodemo”

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, un solo Dios. Amén.

¡Gloria al Dios Todopoderoso!

Amados hermanos y hermanas en Cristo, en este día sagrado que nuestro santo padre, San Yared, llamó “*Nicodemo*”, nos reunimos para meditar sobre el encuentro profundo de Nicodemo con nuestro Señor Jesucristo, un encuentro que revela el misterio del renacimiento espiritual y el camino al Reino de Dios. Nicodemo, un gobernante de los judíos y maestro de Israel, se acercó a Cristo bajo el manto de la noche, y de esa oscuridad surgió la luz que lo guiaría, y a todos los que buscan con fe, hacia la verdad de la salvación.

Nicodemo no era un hombre común. Era fariseo, versado en la Ley de Moisés y miembro del Sanedrín, profundamente instruido en las Escrituras. Sin embargo, a pesar de su posición, reconocía un hambre en su alma: una sed que no podía ser saciada por la erudición o los rituales. Así, en la oscuridad de la noche, quizá para evitar el escrutinio de sus colegas que se oponían a Jesús, acudió al Señor, diciendo: “*Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si Dios no está con él*” (Juan 3:2).

Aquí vemos el valor de Nicodemo, un hombre que buscaba la verdad aún arriesgando su posición. Y, al mismo tiempo, ilustra la lucha universal: la dificultad de percibir las realidades espirituales con los ojos de la carne en lugar de los ojos de la fe. Jesús le respondió con palabras que sacudieron los cimientos de la comprensión humana: “*De cierto, de cierto te digo, que el que no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios*” (Juan 3:3). Al principio, Nicodemo se maravilló y luchó por comprender estas palabras; ¿cómo podría un hombre, ya mayor y sabio en lo terrenal, nacer de nuevo? Nuestro Señor estaba revelando una verdad que trasciende lo físico: así como un hombre nace de la carne por sus padres, así debe nacer de agua y del Espíritu para heredar la vida eterna. El bautismo, amados, no es solo un rito; es la puerta por la que el alma renace, purificada del pecado heredado de Adán, y preparada para entrar en el Reino de Dios.

Nuestro Señor continuó: “*Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es*” (Juan 3:6). Aquí comprendemos la tragedia de la humanidad desde la caída. Adán, creado a imagen y semejanza de Dios, fue engañado por la serpiente, y el pecado entró en el mundo. De él nació Caín, que mató a su hermano Abel (Juan 8:44–46), demostrando que el hombre, dejado a la guía de la carne, sigue el consejo del enemigo. Por esta herencia caída, todos los descendientes de Adán eran mortales, alejados del Reino de Dios.

Y sin embargo, el Señor vino, no para condenar, sino para redimir. Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto para que los mordidos vivieran (Números 21:8), así debe ser levantado el Hijo del Hombre en la Cruz, para que todo aquel que crea en Él tenga vida eterna (Juan 3:14–15; Gálatas 3:13; 2 Corintios 5:21). La Cruz, aunque símbolo de maldición y sufrimiento, se convierte en instrumento de bendición y salvación eterna.

Jesús también reveló a Nicodemo su identidad única: no solo maestro de Israel, sino el Hijo de Dios, el Mesías y el Salvador del mundo (Juan 3:16–17; 3:2). Nicodemo comprendió esta verdad, maravillándose del misterio: *“¿Cómo puede ser maestro de Israel y no conocer estas cosas?”* (Juan 3:10). Empezó a entender que ninguna sabiduría humana, por profunda que fuera, puede sustituir la revelación divina. Para ver el Reino de Dios, se requiere recibir el Espíritu; para renacer, se necesita entrar en el bautismo.

La fe de Nicodemo se profundizó con el tiempo. En el día de la Crucifixión, cuando los demás líderes judíos se oponían a Jesús, Nicodemo se presentó con valor y pidió a Poncio Pilato el cuerpo de Cristo para su sepultura (Juan 19:38). Este acto reveló un corazón tocado por la verdad, un alma transformada por la enseñanza del Señor. Durante todo el ministerio de Cristo, Nicodemo apoyó al Salvador discretamente, permaneciendo apartado de quienes se oponían a Él, alineándose con la rectitud y la verdad divina.

Hermanos y hermanas, la lección es clara: el camino de Nicodemo nos enseña la necesidad del renacimiento espiritual. Para heredar el Reino de Dios, el hombre debe pasar de la muerte a la vida, de la corrupción a la gracia, mediante el agua y el Espíritu. Así como ningún hombre puede nacer al mundo sin ser engendrado por sus padres, tampoco nadie puede entrar al Reino eterno de Dios sin nacer de nuevo. El pecado de Adán trajo mortalidad y separación; el sacrificio de Cristo y las aguas del bautismo traen vida y comunión eterna con Dios.

En resumen, aprendamos de Nicodemo que el renacimiento espiritual es indispensable. La fe debe ser despertada, el alma renovada, y la Cruz, aunque antes fue maldición, se convierte en fuente de bendición y salvación. Que cada uno de nosotros se acerque a Cristo con la diligencia de Nicodemo, buscando en la noche de nuestra ignorancia la luz de Su verdad, y recibiendo por el bautismo la gracia para entrar en el Reino de Dios.

Gloria al Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.